

**Iñaki Urdanibia**

## **Kepa Bilbao sigue la exploración**

*kaosenlared*, 11 de enero de 2023.

*«Se trata de estar al servicio de la dignidad del hombre con métodos que sigan siendo dignos en medio de una historia que no lo es. Calcúlese la dificultad y la paradoja de semejante empresa»*

Albert Camus

El otro decía que nada de lo humano le era ajeno, algo por el estilo podría aplicarse al bermeotarra que amplía el abanico a la hora de analizar temas relacionados con diferentes esferas del quehacer humano: así ha dirigido su mirada crítica a la ideología capitalista, a Cuba, a la trayectoria de un partido político de izquierda, a la modernidad, a los años de plomo de por acá...no me duelen prendas en afirmar que de todos ellos he extraído lecciones, dando cuenta en diferentes lugares de tales lecturas.

Ahora el foco lo dirige a las problemáticas relaciones entre *«Ética y política en Maquiavelo, Weber y Marx»*, editado por Catarata. Tras el prólogo de Imanol Zubero, el autor comienza señalando la tensa y contradictoria relación que se ha dado entre los dos polos nombrados desde hace veinticinco siglos, iniciando la andadura prestando atención a la terminología, a la etimología y al uso, y abuso, que con frecuencia se vierten sobre tales términos y sus relaciones. Para Bilbao se impone, así lo hace él, el uso indistinto de ética y moral y toma impulso en Aristóteles y en sus éticas, en las que propone la necesaria unión que se ha de establecer entre ética y política siempre que se persiga una sociedad más feliz y armoniosa; se enumeran las condiciones que según el Estagirita debería poseer cualquier hombre que se dedicase a la actividad pública, política, debería poner por encima de sus intereses los de la colectividad, para lo que era exigible ciertas virtudes o valores; otros filósofos griegos son citados, y puestos en relación con el anterior, hilando fino en lo que hace a sus diferencias -así lo hace también en las páginas incluidas en el capítulo dedicado a Maquiavelo-, sin obviar su visita a la Roma clásica y sus catos fundacionales en el terreno de lo político, al igual que otros autores como Carl Schmitt y su concepción entre amigos y enemigos... Como se verá, quiérase o no, toda política conlleva una actitud ética y viceversa si lo que se persigue es conseguir una ciudadanía noble, justa y digna, y si en cuenta se tiene que la ética trata de la relación con los demás. Nadie ha de buscar en el libro una guía de conducta, ni unas posturas inflexibles, sino que es como si Bilbao pusiese encima de la mesa las cartas para que cada lector extraiga las debidas combinaciones para el debate; las interpretaciones sobre el tema siguen vivas, vivitas y coleando, y de ahí que se prive el autor de proponer, a modo de conclusión, un *epílogo*, al dejar que «sea cada lector o lectora de este libro quien saque sus propias conclusiones». Esto último no supone de ninguna de las maneras que el autor se muestre ecléctico, ni mantenga llamarse andana, pues su apuesta es clara: pensar éticamente la política y políticamente la ética, lo que conlleva buscar un equilibrio entre fines y medios, lejos de aquel manido el fin justifica los medios, mostrándose más cerca de aquella aseveración de Albert Camus de que *los medios son el fin*, o al menos lo determinan añadiría yo. Desde estas primeras páginas que presentan y desbrozan el camino a seguir y Bilbao deja clara cual es su postura, entrando tras ello en el estudio de los tres pensadores nombrados que, cada cual a su manera, han desvinculado cualquier forma de unión entre ética y política, entre la vida pública y los

principios morales. Es pura obviedad que el recurso a autores del pasado no es cuestión de diletantismo ni pose de estilo *grand seigneur*, sino que los autores y las obras referidas mantienen su presencia en algunos posicionamientos de la actualidad; con respecto a la actualidad, en concreto de Maquiavelo, leo al *socialbárbaro* Claude Lefort, que en su *Maquiavelo. Lecturas de lo político* (Trotta, 2010) dice: «Leer hoy a Maquiavelo no es un anacronismo. No sólo porque se lo considera uno de los fundadores de la moderna teoría política, sino porque la realidad sigue dando la razón a sus análisis de la acción política. La tentación de conservar el poder a cualquier precio no fue exclusiva de los príncipes renacentistas. Los gobiernos democráticos también son alcanzados por el deseo de un poder sin límites y total», lo mismo podría aplicarse e los otros autores presentados. [Me permito mostrar cierta sorpresa ante el hecho de que Kepa Bilbao, que demuestra en su libro, como en todos los suyos, llegar a todo o casi, dando fe de la consulta de todos los textos referidos al tema que trata, como en este caso puede verse en la apabullante bibliografía, no haga constar la potente obra que acabo de citar].

Se guía Kepa Bilbao por aquella tajante afirmación de Oscar Wilde de que *lo contrario del matiz es la barbarie*, y matiza comenzando por el caso de *Maquiavelo*, tan maltrecho por la vulgata extendida con respecto a él, hasta en el lenguaje cotidiano. Retrata al personaje en sus datos biográficos, para pasar a reparar en las pluralidad de interpretaciones que con respecto a sus tesis se han dado, optando por apoyarse en ensayistas nada maquiavélicos; la defensa del poder por encima de cualquier otro criterio es la visión que ha prevalecido con el paso del tiempo. Muestra diferentes posturas en lo que hace a su recepción: para unos, un ser malvado y sin escrúpulos, mientras que para otros, un defensor acérrimo de la forma republicana de gobierno y precursor de la autonomía de lo político, secularizándolo, con respecto al peso apabullante de la religión, en este caso católica, por supuesto; subraya el ensayista las cuestiones relacionadas con el contexto de la época en que el florentino desarrolló su actividad escrita y política, en la que se implicó sin ambages.

En lo que hace a *Max Weber*, el análisis se inicia, como en el anterior, con una presentación del contexto a la vez que se retrata la figura del sociólogo alemán. Hombre implicado en la política de su tiempo, habiendo vivido la primera guerra mundial y varias revoluciones. Éste marcaba una neta diferencia entre la ética de la convicción, del deber ser, y la ética de la responsabilidad, es decir la aplicación práctica y las consecuencias que las ideas traerían al ser puestas en acto. Se pone en danza cierta comparación entre Maquiavelo que se centraba en el fin, mientras que Weber lo hacía en los medios; del mismo modo se detiene el autor en las diferentes visiones de ambos acerca de la violencia... La política, según el sociólogo germano, debería ajustar el lugar de ambas éticas logrando cierto equilibrio, dándose la posibilidad de un *décalage* a la hora de casar lo privado con lo público, suponiendo tal intento problemas sin cuento.

Igualmente reseñable resulta el acento en los aspectos coyunturales, antes señalados en el caso del autor de *El príncipe*, y en el del autor de *El político y el científico*, que provocaron la elaboración de la obra de *Marx*, del *maduro* por emplear la división althusseriana, y sus interpretaciones ancladas en el *cientismo* de la época, a las que obviamente les sobraba cualquier consideración de orden ético, que no sería más que pura moralina, pura mercancía ideológica, burguesa por supuesto, lo que impulsaba a Marx y más si cabe a su compañero Engels a desmarcarse de manera neta del socialismo utópico y sus resabios *buenistas*, alejados del análisis científico que ellos decían proponer. Dos caminos se perfilaron entre

quienes se reivindicaban de las enseñanzas de Marx: las reformistas que consideraban que el desarrollo de los modos de producción llevaría de manera casi automática al socialismo, u otras que llamaban a la acción que supusiese una aceleración del proceso; permanente balanceo *entre determinismo y voluntarismo*. Tampoco se obvian las corrientes contagiadas por cierto kantismo que sí que prestaron atención a la cuestión moral. Los nombres célebres y sus posturas no escasean: Kautsky, Berstein, etc. Si es la combinación del desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción las que provocan los cambios sociales, no es cuestión de buena voluntad sino de atenerse a las leyes de la historia; el desmarque se daba igualmente con respecto al idealismo de Hegel y lo parcial de la concepción de la alienación por parte de Feuerbach, centrándose el autor de *El Capital* en la alienación económica que del célebre *en última instancia* funcionaba como determinante esencial, desatendiendo otros factores en beneficio del desarrollo meramente económico-técnico, en una visión plenamente productivista. Destaca Bilbao la situación realmente paradójica, que queda señalada, en la medida en que la obra de Marx tomó base e impulso al constatar las precarias condiciones de trabajo y de vida de los proletarios, con el fin de cambiar esto y de paso ampliar el cambio a la humanidad toda. Ejemplar en este orden de cosas, la anécdota con la que concluye el libro en la que Cohen da cuenta de la postura de su tío Norman como significativa de la neta desatención de los marxistas con respecto a la moral; ésta al final, aunque Marx y Engels no dedicasen ni una línea a la cuestión, vendría por añadidura tras la revolución y la nueva sociedad.

Estamos ante una obra bien estructurada, en su claridad y distinción, que convierte lo complejo en asequible para cualquier que esté interesado en los temas tratados, huyendo de los tics propios de los estudios académicos, sin que ello suponga, de ninguna de las maneras, un abandono del rigor del que Kepa Bilbao hace sobrada gala, en sus lecciones. No hace falta ni decirlo que estas líneas no abarcan, como no podía ser de otro modo, la riqueza de los análisis, los entrecruzamientos de teorías, y los numerosos pensadores que intervienen con diferentes puntualizaciones y desvíos. Pero es que todo no se puede, además de que resulta como decía el otro, en dos palabras: *im posible*.

Concluiré dejando constancia, si es que hace falta hacerlo, de que en lo expuesto no me guía más que la verdad pura amén, recurriendo al, en este caso exacto: *amicus Plato sed magis amica veritas*. Y que nadie tercie o sospeche aquello de *excusatio non petita*... pues el que escribe tiene muy mal carácter.